

que alzó los ojos al cielo, que aquí era un techo en que el poeta había colocado unas cuantas muñecas japonesas. El ángel guardián volaba, volaba, y los ojos se posaron en Renato, diciéndole:

—Ya no hay remedio; pero ¿qué importa? Yo no sé más sino que amo demasiado y que no quiero ver á Renato desgraciado...

Sollozando convulsivamente, puso de nuevo su cabeza en el hombro del joven y éste sus labios donde antes. Como infantilmente, echóle los brazos al cuello, y los corazones quedaron en contacto. Vió ella la imagen del deleite en el rostro del poeta, levantóse para huir y huyó, pero esta vez hacia el ara de los sacrificios, donde se cumplieron por entero. Renato no se hallaba en situación de apreciar ciertos indicios que, apercibidos, le hubieran revelado la doblez de Susana con sólo fijarse en sus ropas, que por su finura se amoldaban tan exactamente como si esta mujer se hallara desnuda. No, no podía saber si era el ideal de Susana ó un juguete. Y después de todo, ¿no era realidad el placer gustado?

## XIV

## DÍAS FELICES

Cuando Susana se alejó de este silencioso asilo de la calle de Coëtlongon, cuya puerta abrió el mismo Renato para evitar las miradas condenatorias de Francisca, ya habían convenido ambos en las entrevistas sucesivas. La prudencia aconsejaba salir de allí como de la calle del Monte-Tabor, sin volverla cabeza; pero Susana la volvió y pudo ver al joven de pie detrás de la cortina, y hasta tal punto la conmovió su novela, que tuvo una sonrisa y se despidió con la mano, mientras él la contemplaba partir en el crepúsculo desde el fondo de aquella habitación testigo de su triunfo, porque todos los sucesos realizaron el cálculo formado, y se regocijaba del éxito mientras tomaba un coche esquina de la calle de Assas, y la dejaba en los almacenes del Bon-Marché, donde debía aguardarla el suyo propio. Los detalles, antes tan odiosos y difíciles, para encontrarse, eran ya fáciles y deliciosos. Después de la hora del abandono y entre

los pudores de la caída, Susana continuaba su proyecto y decía á su amante:

—Es preciso que me prometas una cosa... que no frecuentes la sociedad para buscar-me... Debes trabajar y dejarte de esa vida que no conoces... Tu magnífico talento, tu genio, lo malgastarías en futesas, en pequeñeces, y yo no quiero ser la causa... júrame que no irás á casa de nadie.

Y muy bajo:

—A casa de ninguna de esas señoras que te rodeaban la otra noche...

—¿Ni aun á la tuya?—preguntó él, encantado de las frases que eran á la vez homenaje á su mérito y expresión de celos.

—A la mía menos. No soportaría que estrechases ahora la mano de mi marido... debes comprenderlo—replicó Susana ensortijando los cabellos del joven amorosamente.

Él se hallaba entonces á sus pies, y ella en la butaca, con el semblante inclinado y suspirando.

—No me obligues á hablar más... Quisiera ser para ti la amiga que no penetra en la vida de la persona á quien adora sino para traerle el valor y la alegría, la dulzura y la nobleza; la amiga que ama y es amada en el misterio, y lejos de ese mundo que agosta las más sagradas religiones del alma... Falta y grande

es la que he cometido; que no sea también una serie de bajezas y villanías, como las que me han horrorizado en las demás... Apártalas de mí, Renato mío, si me amas como dices. ¿Serías capaz de amarme así?

A medida que pasaba este lindo rosario de mentiras, veía á su cándido cómplice extasiarse románticamente ante belleza tal de sentimientos. Colocaba de nuevo sobre su frente la aureola de madona que había depositado para dejarse amar. Mezclando, como siempre, el cálculo más refinado á la más delicada ternura, logró hacer aceptar la siguiente combinación. Él tomaría un nombre supuesto, y en un barrio próximo á la calle de Murillo, un cuartito amueblado para reunirse allí dos ó tres veces ó cuatro por semana, indicándole el de los Batignolles, y le escribiría á la lista con determinadas iniciales y en determinada oficina de Correos. ¡Cuánta esclavitud la de su pobre ángel, que se veía precisada á semejante lujo de precauciones! ¡Aquello no era vivir! Por otra parte, el programa trazado correspondía á todas las porciones artificiales de su ser por el carácter clandestino de la intriga. El poeta no sólo accedió, por consiguiente, sino que la fraseología de Susana, lisonjeando sus trabajos, le hizo soñar en la conciliación del arte y el amor, y después de

largos días de tormento se sintió como con alas en el corazón y en la cabeza. Tan honda era la preocupación de su felicidad, que ni siquiera notó el doloroso asombro que mostró todo el día siguiente al de la visita, la fisonomía de su hermana, visiblemente disgustada. Las consecuencias brutales de aquellas relaciones le dieron un cruel y respetable sufrimiento; porque Emilia, por su profunda ignorancia y su carácter romántico y puro, se interesaba en las cosas del amor y se juntó á los comienzos de la intriga por el hecho de ser mujer, pero nunca pudo llegar á suponer que la de Moraines realizara su seducción en la propia casa de aquella madre de familia modesta y piadosa. Los antecedentes que la criada le facilitó no le permitieron duda, y recordando las lágrimas de Rosalía, comparaba la sinceridad de su ternura con la gran señora desconocida tan imprudentemente protegida por su candidez, y entonces pensaba si Renato se había equivocado respecto de Susana. Pero su cariño fraternal, que llegaba hasta la debilidad, le quitaba toda fuerza para hacerle la menor observación viéndolo tan dichoso. Renato fué ahora discreto á su vez, y no podía tampoco expresar en palabras lo que sentía por Susana.

A poca dificultad encontró en la silenciosa

y modesta calle de las Damas, y en el centro del barrio de los Batignolles, indicado por la de Moraines, el apetecido cuartito. Apenas habían transcurrido ocho días desde sus relaciones, cuando Claudio Larcher, único de sus colegas con quien tenía amistad, vino á despedirse de la familia, pues salía de París. Acababan de sentarse á la mesa.

—Un momento solamente—dijo al entrar.— Tomo el expreso del Mont-Cenis á las nueve, y comeré en la estación.

—¿Va usted á estar mucho tiempo fuera?—preguntó Emilia.

—*¿Chi lo sá?* como dicen en esa hermosa Italia, donde estaré mañana.

—¡Será afortunado!—expuso Fresneau.— Podrá leer á Virgilio en su patria en vez de hacerlo traducir por asnos.

—Muy afortunado, efectivamente—contestó con una sonrisa de desaliento el escritor, que, acompañado por Renato hasta la verja de la puerta, donde le esperaba el coche con su equipaje, estalló en sollozos.

—¿Se acuerda usted de aquel día en que fué á verme? ¡Qué linda estaba Colette!... Me bromeaba sobre las mujeres; pues bien, ahora me veo en la vergüenza de hallarme celoso de una mujer, de un monstruo, de la infame Alina Raymond, conocida como tal en todo

París. Esto ya no puede soportarse... Carecía de dinero, y he tenido precisión de acudir á un prestamista que me lo da al 60 por 100; pero saldrá en mi primera comedia. ¿Y sabe usted lo que ha sido necesario comprarle y luego revender? ¡doscientos cincuenta ataúdes! En fin, con eso, con lo que me ha enviado mi parienta á quien me he bajado, lo de mi editor de la *Revista Parisiën*, á quien he prometido ¿qué sé yo?... he reunido seis mil pesetas. Cada vuelta que den las ruedas del tren que me arrastra, me pasará sobre el corazón; pero me alejaré de ella, y cuando sepa mi marcha por una carta que le escribiré desde Milán, me consideraré vengado. Hasta que se ha convertido en Saffo, he podido tolerar; pero eso... imposible. Adiós, Renato; no me volverá usted á ver sino cuando esté curado.

Renato no tuvo más noticias de este amigo, en quien pensaba con frecuencia para comparar la mujer que él idolatraba, tan digna de su culto, con la peligrosa y feroz actriz del Teatro Francés, al cual dejó de asistir para evitar que le hablase mal de Claudio. Renato, por esta causa y por las prevenciones de Susana, rompió todo trato con aquella sociedad en que Larcher le introdujera; hasta se retrajo de visitar á la Condesa, que benévola-mente supuso que el poeta se aburrió en sus

salones, y no le invitó á más fiestas, sin por esto incomodarse. Por otra parte, en aquellos momentos imponía en sus reuniones á un pianista ruso y espiritista, que se hallaba en directa comunicación con Chopin. Y para que todo favoreciese los proyectos de Renato, los de Offarel se resintieron de que ni Emilia ni él asistieran á la famosa comida con una semana de antelación preparada á costa de grandes paseos por todo París.

Fresneau, que acudió solo, había manifestado á su mujer los detalles.

—Cuando hablé de tu jaqueca, la vieja dijo «¡ah!» de un modo que me dejó cortado. Cuando indiqué que Renato se hallaba ausente, cuidando de un amigo enfermo (¡qué excusa fuiste á buscar!; pero adelante), me preguntó si era en alguna quinta. Y en la mesa el pobre Larcher pagó los vidrios rotos, desnudándole y arrancándole hasta el último pelo. Que era un egoísta, de malas maneras, de salud relajada, sin porvenir, y... qué sé yo cuántas cosas. Gracias al poquito de juego con Offarel; y el pícaro me ganó... Allí estaba también Passart, y recuérdame que le recomendemos á nuestro tío para la escuela de San Andrés; es buen chico... Creo que Rosalía...

Emilia se sonrió de la perspicacia de su

marido, recordando que la Offarel se había quejado de las asiduidades del joven profesor de dibujo, y pensó que le había invitado muy á última hora para hacer ver que, á falta de Renato, había otros pretendientes.

Las señoras de Offarel estuvieron sin poner los pies en la calle de Coëtlogon dos semanas, cuando antes de aquel día no dejaban pasar cuatro sin ir á los postres. Al volver, llevaron consigo al susodicho Passart, rubio y desmadejado, con lentes, de rostro tímido y el cutis lleno de pecas, cuya visita no quedó mucho tiempo en el misterio, pues se trataba de dar celos á Renato, según la frase de la vieja, que dijo:

—Offarel está ocupado, y el señor Passart ha tenido la bondad de acompañarnos... Rosalia, haz un sitio á don Jacobo cerca de tí...

La pobre niña no se había encontrado con el poeta desde la triste explicación que tuvo con Emilia. Hallábase muy conmovida y temblorosa por todo el camino, que era corto, pero que le pareció interminable hasta llegar á la calle de Coëtlogon. Tuvo valor, sin embargo, para dirigir una mirada del lado de su antiguo prometido, como para asegurarle que ella no podía ser responsable de las mezquindades de su madre, contestando á ésta con bastante frialdad, sentándose en un ángulo y po-

niendo una silla delante, que el señor Passart no la privaría seguramente de ella porque la necesitaba para su labor.

—Aquí hay un sitio vacío—exclamó Emilia, que colocó al joven cerca de ella y acudió de esta suerte á la animosa niña, que arrojaba con su desvío una escena horrorosa luego en casa. Y no obstante, hubiera sido natural prestarse por despecho á la venganza: pero no, las mujeres verdaderamente delicadas jamás sienten tales despechos. Más tarde los hombres comprenden, comparando unos con otros sus recuerdos, el mérito de aquella que nunca les ha hecho sufrir, ni aun para hacerles volver.

La disculpa de Renato consistía en que realmente pensaba haber sacrificado á Rosalia por el amor verdadero de Susana. A la mañana siguiente Emilia le elogiaba la noble actitud de la niña, y Renato con la más fatua ingenuidad, contestaba:

—¡Qué lástima que se pierda tan hermoso sentimiento!

—Sí que es lástima—contestó Emilia suspirando.

En el tono con que fueron dichas estas palabras hubiera comprendido Renato el cambio de opiniones de su hermana respecto de la señora de Moraines, si le quedara bastante en-

tendimiento para otra cosa que para pensar en su amor.

Los días del poeta se dividían en dos clases: los días en que se encontraba con Susana; los días en que no la veía, distribuyéndose los últimos, que eran los más frecuentes, en soñar por la mañana en la cama, en el tocador, en escribir á la madona, que por su parte no le contestaba. Terminada esa oración cotidiana á que se hallaba sujeto este Narciso de su propio amor, llegaba la hora del almuerzo, yendo en seguida á la Biblioteca de la calle de Richelieu á sacar notas concienzudas para su *Savonarola*, que había vuelto á tomar entre manos, y en cuyo trabajo se ocupaba rabiosamente toda la tarde y algo de la noche.

A esta obra le faltaba, sin embargo, aquella plenitud de talento que se transmite desde el cerebro á la pluma, haciendo del trabajo una embriaguez ligera y potente.

Renato necesitaba una tensión casi dolorosa de su pensamiento para planear las escenas del drama, y aun mayor para traducir al verso la prosa que bosquejaba, porque el derroche de su savia vital y la preocupación constante de Susana, á quien jamás podía olvidar por completo, y hasta la influencia del éxito, dañosa aun para los genios, le impedía ser lo que había sido. Ahora concebía y

escribía para el público, representándosele la sala en el estreno con los periodistas y la sociedad, y en su palco á la de Moraines, pareciéndole oír de antemano los aplausos, y activando, por el deseo de hacer efecto, la visión natural y desinteresada del objeto que se proponía pintar por el placer de pintarlo, que es condición indispensable de toda obra de arte viviente.

Demasiado joven para poseer la habilidad con que los veteranos en las letras escriben apasionadas frases sin emoción alguna, y engañando aun á los críticos más perspicaces, Renato buscaba en él una fuente que no brotaba. Las figuras trágicas no se animaban, los ruidos le distraían y contaba las horas que todavía le separaban de Susana, exaltándose con sus propias palabras de amor, dichas en voz alta, deleitándose con el recuerdo de aquella habitación en que la veía y que realizaba todos los deseos, mucho más de lo que su inexperiencia hubiera hecho creer.

El cuarto alquilado se componía de tres piezas, coquetamente amuebladas por la propietaria, doña Malvina Raullet, señora morena, de unos treinta y cinco años, que por su discreción, severo traje, dulce voz y mirada provocativa, encantó á Renato. Oficialmente vivía de las rentas modestas que le dejó su di-

funto esposo, personaje fantástico, cuya profesión indicaba ella con la vaguedad de «hombre de negocios»; pero en realidad nunca estuvo casada. Actualmente satisfacía sus gastos un médico formal, padre de familia, que le entregaba fijamente todos los meses quinientas pesetas, como si fuera el sueldo de algún funcionario. Pero, á fuer de mujer ordenada, discurrió el medio de aumentar sus ingresos, separando de su habitación, demasiado grande para ella, las tres piezas consabidas, que podían servir de salón, dormitorio y tocador, y que tenían su entrada independiente. Respecto del mobiliario, procedía de una herencia fúnebre. Durante diez años había sostenido amistad íntima con un loco, costeada por la familia, que nunca quiso se le declarase como tal. A su muerte recibió veinte mil pesetas, de antemano prometidas, y todo el ajuar de la casa, teatro de aquel extraño oficio. Renato no conoció jamás el fondo repugnante de esta historia, tan parecida en París á otras muchas, que utilizaban para sus aventuras los jóvenes que las tienen, como tampoco sospechaba que Malvina había penetrado sus intenciones. Quería pasar por un vecino de Versailles que necesitaba venir á la capital dos ó tres veces en semana, y escogió por pura niñería el nombre de Alber, de la no-

vela que más le había gustado en su juventud: *Mailemoiselle de Maupin*; pero la señora irreprochable, leyó en su sombrero las verdaderas iniciales de su apellido, diciendo:

—El señor Alber querrá que la criada se encargue del servicio; serán cincuenta pesetas más al mes.

Este precio exorbitante fué pedido con tan dulce voz, y tan respetable consideraba Renato á doña Malvina, que no se atrevió á discutir, aunque la mirara ya con cierta desconfianza. Aquel aspecto, aquella manera de vestir, hasta el medallón con pelo blanco y el anillo nupcial, desmentían el tráfico. Debe añadirse, en honor de la verdad, que la distinguida viuda contaba con otros dos amigos leales, muy jóvenes: uno, estudiante de derecho, y otro, empleado en un gran almacén de novedades, y ambos en la creencia de que su adorado tormento era una señora vigilada por implacable familia. Estos caballeros representaban en el presupuesto la partida de gastos menudos. Toda esta trapisonda no era obstáculo para que la virtuosa criatura dijera al falso Alber que la casa era muy tranquila y que no extrañase que al menor ruido en la escalera se viesse en la necesidad de rescindir el contrato. Y Renato, avergonzado, tenía miedo de que la honrada viuda lo plantase en

la calle á la primera entrevista con Susana, hasta el punto de que cuando se celebró esta entrevista primera, Renato visitó á doña Malvina con el pretexto de hacerle observaciones acerca del servicio. Ella no sabía nada, no comprendía nada, sin perjuicio de lo cual tuvo buen cuidado de fijarse en la de Moraines cuando salió y ya estaba en terreno firme, comprendiendo que Susana pertenecía á la alta sociedad y que él no era del mismo círculo, llegando á sospechar que el alquiler correría á cargo de ella y no de él, y lamentándose por esta circunstancia de no haber exigido mayores emolumentos. Pero ya lo arreglaría con la leña, la ropa blanca, las comidas, si es que el joven las encargaba, á lo que espontáneamente se ofreció doña Malvina.

—Es una persona excelente y muy amable—decía Renato á Susana.

Por otra parte, ¿de qué le habría valido el análisis pesimista del carácter de aquella mujer, análisis que no hubiera dejado escapar Claudio? Esto le produjo solamente mil temores absurdos de chismes y cuentos, absurdos porque Malvina huía el escándalo y soñaba con una vida decente el día en que pudiera retirarse á su pueblo con ahorros. Ella misma inventó en este concepto una mentira complicada para tapar los ojos al portero. Renato y

Susana eran un lindo matrimonio que vivía en el campo, y algo parientes del difunto Raulet, y dió á Renato una llave para que no le fuera necesario comunicarse con el susodicho portero.

El joven emprendía su peligroso camino, ocupándose únicamente de recoger las flores que lo sembraban, importándole poco lo demás, y sin preguntarse siquiera por qué Susana prefería las horas de la mañana casi siempre. En realidad, porque escapaba mejor á la vigilancia de Desforges. El higiénico Barrón destinaba esa parte de su tiempo á su salud; que para él era lo más precioso de la vida. Daba su lección de esgrima, que llamaba «la pildora del ejercicio»; luego su paseo á caballo, «ración de aire», y finalmente «quemaba su ácido», fórmula del doctor Noirot. Susana se complacía al considerar á Pablo sujeto á la oficina, á «su excelente amigo» también en los quehaceres, y á su querido Renato comprando flores con que adornar la capilla de sus caricias, en medio de las cuales guardaba ella religiosamente su aspecto de virgen. Sentíase completamente feliz y exenta de remordimientos; por una facultad distributiva, sin duda heredada del hombre de Estado que tuvo por padre, explotaba la hora presente, sin que la hora pasada ni la hora

futura turbase ó contuviese la sensación; todo se hallaba perfectamente determinado en su vida: la parte de Pablo, la de Desforges y la de Renato, que la adoraba como un ídolo, y cuyas caricias no estaban como las del Barón, contadas, pesadas y selladas; caricias nuevas que no eran monótonas como las de Pablo; ardientes como de veinticinco años, que no da, sino que prodiga; frescas y llenas de poesía, regalo exquisito que le costaba esfuerzo grande abandonar. Pero llegaba el medio día y era preciso partir. Él se quedaba allí en el misterioso asilo de sus amores; Malvina le servía el almuerzo, y se marchaba entre dos luces, atravesando todo París, para llegar á la calle de Coëtlogon, presa de una divina laxitud en que se resumían y desvanecían todas las emociones de su vida.

## XV

## LOS ODIOS DE COLETTE

Hacia ya cerca de dos meses que duraba esa vida monótona y tan dulce, y sin otros acontecimientos que el pesar de la última caricia y la esperanza de la próxima, cuando una mañana, en el momento que Renato salía de su casa para ir en busca de Susana, le entregó una carta Francisca, cuya letra le impresionó. Era de Claudio Larcher. Por Fernando sabía que el escritor había residido en Florencia y después en Pisa, á cuyos dos puntos le escribió á la lista sin respuesta. El sello de la carta le reveló que Claudio se hallaba al presente en Venecia. Con singular curiosidad rompió el sobre y leyó las páginas que siguen, andando por las tranquilas calles del barrio de San Germán, que le llevaban hacia el Sena, una mañana de primavera tan fresca y luminosa como su propio amor.

«Venecia, palacio Dario, Abril 79.

»Escribo á usted, querido Renato, desde su Venecia, de esta Venecia de donde usted